

Reportaje a Jorge Lapeña

Publicado en Perfil, 10 de julio de 2011

"El Gobierno usa la cadena nacional para mentir"

Por Magdalena Ruiz Guiñazú

El ingeniero Jorge Lapeña fue subsecretario de Planificación Energética y luego secretario de Energía (1986/1988) del presidente Raúl Alfonsín. En esta semana es también uno de los ocho ex secretarios de Energía que firman un informe sobre la actual situación energética y los convenios que se han acordado con Qatar.

—Ustedes señalan que la formidable producción y reserva nacionales comienzan a mermar en los años 2002/2003. ¿Por qué?

—Mire, el petróleo y el gas son productos no renovables —explica el ingeniero Lapeña—. Y para que usted pueda realizar una explotación sustentable (es decir, mantener la producción y aun implementarla) tiene que estar permanentemente descubriendo y poniendo en producción nuevos yacimientos. Le explico: para descubrir nuevos yacimientos, tiene que invertir en exploración. Es lo que se llama una inversión de riesgo (y en este sentido existe una cierta similitud con las inversiones mineras). Son necesarios estudios prospectivos, corporaciones, etc., sin tener la certeza del éxito que pueda lograr esa inversión. De hecho, sólo uno de cada cinco pozos que se hacen en exploración es exitoso. El resto no lo es. Cuando esa inversión disminuye en ritmo por alguna razón, esto redundará en una menor cantidad de yacimientos descubiertos. Y cuando usted tiene

menos descubrimientos, empieza a sacar el petróleo de un inventario, de un stock, que está bajo tierra. Este stock se va reduciendo día a día.

—¿Como si se gastara una herencia sin reponerla?

—Absolutamente. Y le diré que la experiencia demuestra que las empresas que han comprado YPF al comienzo de los años 90 no han logrado una performance exitosa como la que mostraba la empresa estatal. Muchas veces se decía: “YPF es una empresa ineficiente simplemente porque es del Estado”. Seguramente tenía pliegos de ineficiencia como dotaciones de personal infladas, etc., pero era una empresa eficaz a la hora de descubrir y de poner en producción toda la riqueza petrolera que la Argentina tiene. De hecho, los descubrimientos de petróleo fueron del Estado ya en 1907. Antes de que el general Mosconi creara YPF, aparece una serie de pioneros (entre los que se cuenta el ingeniero Huergo) que hicieron toda la tarea de descubrimiento propiamente dicha. Esto ocurre bajo la presidencia de Figueroa Alcorta y luego, mucho después, en los años 70, se realiza un gigantesco descubrimiento de gas que transforma a la Argentina en un país gasífero. Se comienza, entonces, a construir gasoductos.

—¿Loma de la Lata, por ejemplo?

—Sí. Esto ocurre en los años 80. Cuando YPF descubre en Neuquén este gigantesco yacimiento, se comprueba que Loma de la Lata tenía más energía en ese solo yacimiento que el petróleo que poseía la Argentina en todas sus cuencas. Este yacimiento gigante produce un extraordinario impacto psicológico. Podíamos decir: “¡Somos una verdadera potencia gasífera”. Pero también teníamos que utilizar ese gas. Empresas mexicanas asociadas con otras argentinas construyeron el gasoducto de Loma de la Lata y

esto permitió una transformación extraordinaria de la ecuación energética argentina. Comenzamos a consumir cada vez más gas. Recuerde que, antes, el gas era un producto escaso que sólo se utilizaba en las casas de familia. Uso domiciliario. Pero, a partir de ese momento, ocurrió el boom del gas con el producto natural comprimido para los automotores. Recuerde que, en 1985, empezamos con el GNC. La industria dejó de consumir combustibles líquidos derivados del petróleo (como el fueloil o el gasoil) y empezó a consumir gas natural. Las centrales eléctricas o termoeléctricas que consumían también fueloil comenzaron a utilizar gas natural y esto nos llevó a un país eminentemente gasífero. Hoy en día, el gas natural es el producto más importante que consumimos en Argentina. Fíjese que, en nuestro país, el 50% de energía que usamos bajo todas sus formas (energía eléctrica, etc.) proviene del gas natural.

—Sin embargo, ingeniero, observamos que llegan barcos cargados de gas.

—Bueno, la Argentina, que había descubierto sus yacimientos gigantescos (no sólo en Neuquén sino también en la cuenca del Nordeste), los yacimientos de Salta y junto a la frontera con Bolivia, sin contar los de Santa Cruz y Tierra del Fuego y los que se encuentran en el mar, tiene un verdadero “boom” de gas. Pero para que ese “boom” pudieran ser sostenible hubiera sido necesario que también se produjeran inversiones al mismo ritmo. Era fundamental traer inversiones para descubrir nuevos yacimientos que permitieran sustentar ese consumo. ¡Si queremos consumir debemos descubrir, explorar! ¿Qué ocurrió entonces? En esta primera década del siglo XXI el promedio de inversiones es menor al 50% de lo que se invertía en los años 80.

—¿Por qué?

—Esto le está marcando un país que es más grande (en aquel momento éramos 25 millones de habitantes y ahora somos 40, con un producto bruto más bajo... etc.) un país, reitero, más grande pero que invierte menos. En consecuencia, los descubrimientos ya no tuvieron el vigor y la espectacularidad de aquellos de los años 70 y 80. La Argentina perdió fuerza expansiva, la expansión de la oferta... Bueno, el gobierno actual se encontró con este problema. Podría haber tomado una resolución objetiva y haber implementado una solución. Lejos de eso, comete un error grande como es negar la existencia de los problemas. Y toda vez que alguien, desde afuera del propio Gobierno, intentó marcarle este grave descuido (como hacemos en este caso los ex secretarios de Energía), no tuvo éxito. La administración de De Vido (que es el denominador común en el sector energético de los dos gobiernos K), al tener el mismo ministro de Infraestructura y el mismo secretario de Energía, mantuvo siempre la actitud de negar la existencia del problema y pensar que había soluciones a mano como para disimular, y la solución que se encontró en su momento fue cortar (en 2005) los suministros comprometidos con Chile. Y esto era muy importante porque la Argentina había firmado contratos con Chile por unos 26 millones de m³, que equivalen a 20%/25% de la demanda total argentina.

—Abastecíamos a la ciudad de Santiago.

—Sí. También a su industria y al norte y sur de Chile. Se construyeron cuatro o cinco gasoductos a lo largo de toda la frontera. También se firmaron contratos con Brasil y con Uruguay. Cuando el Gobierno le corta intempestivamente el gas a Chile, pasa de cortarle sobre el ciento por ciento comprometido, primero el 10% y luego el 20% para quitarle finalmente todo... Pero lo que ocurre es que la demanda interna sigue creciendo y no resultó suficiente cortarle el gas a Chile sino que, ahora, se importaban cantidades

extraordinarias desde Bolivia. Me refiero al gas natural licuado a -160° (el de los barcos criogénicos), que es carísimo porque es producido muy lejos, es traído en barcos muy complejos y luego tiene un proceso de licuación y regasificación. Es decir que no es simplemente conectar el pozo con el domicilio como lo hacemos con el gas doméstico.

—En el informe que publican los ex secretarios de Energía y que usted firma, se indica que ya en 2004 decaen las inversiones y crecen los subsidios.

—Podríamos describir este fenómeno de la siguiente manera: demanda creciente (el consumo de energía aumenta con el crecimiento de la población y de la actividad económica), oferta decreciente (menos descubrimientos y menos capacidad de producir). Entonces, una demanda creciente con una oferta decreciente se combinan y necesitan importaciones muy recientes.

—¿De dónde provienen en general los barcos gasíferos?

—El punto más cercano es Trinidad y Tobago. Es un país que produce gas licuado. También hay otros países como Qatar o Indonesia. Pero es importante preguntarse también por qué los subsidios. Creo que aquí el Gobierno comete un error estratégico: malvender o no cobrar por la energía lo que cuesta producirla. Es decir, atrasa las tarifas, creo que por desconocimiento y por un temor a una represalia de tipo electoral. Yo creo que hay aquí un elemento demagógico o populista: para hacer ver que “no pasa nada”, no toco las tarifas (aunque sepa que esto no se sostiene en el tiempo). Usted sabe que el precio del petróleo que antes estaba a 30 dólares el barril ahora ha llegado a 100.

—En la época de López Rega lo pagamos 18,50, cuando, si mal no recuerdo, en el mercado valía 13.

—Exactamente. El petróleo venía a 2 y 3 dólares el barril. Luego, los árabes lo aumentaron con el embargo petrolero a 11 dólares... y así, sucesivamente, llegó a 28 pero en 1999 había vuelto a bajar a 12 dólares. Ha llegado ahora hasta 140. Entonces, si usted tiene que importar y lo vende a tarifa congelada pero está pagando el commodity a los precios que sabemos e importa gasoil o gas natural licuado o cualquier otro producto, tendrá que pagar lo que vale en el mundo. Y si esto sale de los subsidios y usted no le ha pasado ese sobreprecio al usuario, esto implica subsidios crecientes por parte del Tesoro nacional. No se olvide que esos subsidios han llegado a valores de 60 mil millones de pesos en el último año y esos 60 mil millones son una cifra muy importante con respecto al PBI. Entonces, un país que tira innecesariamente a la basura 60 mil millones de pesos por año es un país que no puede combatir la pobreza extrema. Es un país que no puede combatir la indigencia, no puede hacer autopistas ni resolver el déficit de la vivienda.

—Volviendo a sus palabras, ingeniero Lapeña, parecería que estamos frente a un propósito político y electoral. Esa enorme suma de dinero invertida en exploraciones de nuevos yacimientos podría ser un bien durable, ¿no? Lo que ocurre es que, como usted señalaba, las exploraciones llevan tiempo.

—Una de las cosas que decimos en este informe es que esta caída de las reservas (que es lo que haría un hijo pródigo que se gasta la herencia que le deja su padre), si usted la valoriza y observa lo que ha bajado (entre 2003 y 2010) el stock de petróleo y gas que teníamos bajo tierra, estará hablando de 100 mil millones de dólares al valor de lo que costaría ahora importar ese producto. Quiere decir

que usted ha malvendido un stock o una reserva (si hablamos de dinero). El hecho de que un país deje de invertir se debe, por ejemplo, a que no tiene ideas o ha decidido suicidarse en términos de lo que es la explotación de un recurso no renovable. Sería como si un estanciero decidiera matar todas sus vacas. O comérselas. Esta es una explotación no racional y por eso comienza a bajar la producción en un contexto en el que aumenta la demanda. Esto sería bueno si se hace sabiendo que la demanda va a bajar. Pero si sabemos que la demanda, fatalmente, va a subir y no crece la oferta para abastecerla, habrá que salir a comprar. Y cuando uno sale a comprar, el mundo nos vende pero a los precios del mundo Y no a los precios que uno quiere para trabajar en el mercado interno. Desde un punto de vista político, esto genera una situación de mala asignación de recursos que el país podría utilizar –insisto en este punto– para resolver otros problemas que son crónicos. Esto en el caso de los subsidios. Y en el caso del impacto macroeconómico, si usted al secretario de Hacienda le da un año con la noticia de que necesita 60 mil millones de pesos para sostener el sector energético y para subsidiar el transporte y, al año siguiente, le pide 80 mil y, al año siguiente, 100 mil millones... un día esto se termina. Simplemente porque la capacidad contributiva que tenemos es limitada. Por otro lado, hay que aumentar los impuestos para poder solventar este gasto.

—Durante toda la semana nos han llegado noticias del interior del país acerca de la escasez de nafta y ahora de gas. ¿Esto se debe al conflicto en las rutas del sur o por los problemas que usted señala?

—Yo creo que hay un mal manejo del sector y poca transparencia acerca de lo que ocurre. Estas preguntas que usted me hace son las que ameritarían una respuesta al más alto nivel del Poder Ejecutivo. Y si fuera necesario usando la cadena nacional porque este es un tema muy importante.

—El uso de la cadena nacional se ha hecho más bien habitual.

—Pero la usan para mentir. En el sector energético le cito un ejemplo muy interesante: el día 30 de junio se usó el acto de la inauguración de un pequeño gasoducto de 40 kilómetros entre Argentina y Bolivia para hacer un acto proselitista. Ese acto comenzó con un discurso razonable del presidente Evo Morales que duró siete minutos, un discurso, digamos, de circunstancia y cuando terminó entró en off la locutora oficial anunciando que entraba en cadena nacional y allí la Presidenta pronunció un discurso que duró entre 15 y 20 minutos dirigido a los argentinos y donde, en vez de explicar los grandes problemas energéticos sin resolver que tiene nuestro país, se dedicó a hacer un autoelogio extraordinario acerca de su gestión ignorando olímpicamente todos los problemas que estamos mencionando. Entonces, es una utilización espuria de los bienes públicos para un beneficio privado.

—¿Este hecho fue el que determinó que ustedes, los ex secretarios de Energía, publicaran este informe?

—Nosotros hacemos un estudio sistemático. No es el primer documento que publicamos pero, de alguna forma, nos apuró para sacarlo más rápido. De cierta manera, este último documento nuestro puede leerse como la contracara del autoelogio presidencial. Si alguien se lo propusiera, podría tomar el discurso de la Presidenta y el documento de los ex secretarios de Energía y observaría las diferencias. Además, los ex secretarios que firmamos abarcamos también distintos períodos. Por ejemplo, yo asumo en 1985 y el doctor Alieto Guadagni y el licenciado Devoto llegan hasta 2003 con Duhalde. También está con nosotros el doctor Aráoz, que fue el primer secretario de Energía de Menem; los doctores Montamat y Apud, que se desempeñaron bajo la presidencia de De la Rúa, etc.

—Algo más, ingeniero: ¿qué pasa con el acuerdo con Qatar? ¿Hubo una licitación?

—Aquí aparece un tema que es sumamente importante y que la Presidenta, en vez de hablar de las cosas que hizo extraordinariamente bien, hubiera debido mencionar. ¿Ameritaba firmar un contrato por veinte años, por una cantidad de gas muy, muy importante, y cuyo monto total supera los 50 mil millones de dólares? Si esto se hace en forma directa, no transparente, sin haberlo discutido en el Congreso, sin que forme parte de un plan energético nacional y a cuatro meses de las elecciones, me parece que tiene un contenido puramente electoral, muestra en el Gobierno un gran desorden mental y creo que puede esconder un sobrecosto gigantesco en la medida en que estamos hablando de una operación directa. Usted sabrá que una operación directa y rápida es la mejor fórmula para perder mucha plata.

—¿Por qué?

—En estos casos, el mecanismo tiene que ser competitivo. Y para que sea competitivo hay que hacer un llamado a todos los posibles oferentes y lograr que, entre ellos, compitan para que usted logre el precio más bajo. Por otra parte, si no es transparente, si es directo, y el precio surge de una negociación de dos funcionarios, uno de Qatar y el otro de Argentina, ¿quién asegura, si no hay transparencia, que no hay retornos? Entonces, la Argentina tiene una muy mala experiencia respecto a los sobrecostos de las obras públicas. A veces los sobrecostos son consecuencia de hacer mal las cosas. Hacer una obra sin proyectos terminados, sin la financiación adecuada, provoca, en general, mayores plazos de ejecución de obra, negociaciones, etc. Es decir, insisto, el sobrecosto es el resultado de una mala decisión técnica. O técnico-

económica. Otras veces, el sobrecosto es producto del amiguismo, de la corruptela. Cuando los procesos no son transparentes y directos, y con apuro injustificado, son el perfecto caldo de cultivo para que se den estas circunstancias desgraciadas que, lamentablemente, acompañan a la Argentina en muchos períodos de su historia.

—Desde el punto de vista del Gobierno, ¿cuál podría haber sido la razón para no llamar a una licitación y hacer la operación con Qatar de esta manera?

—Le contesto con otra pregunta: ¿cuál podría ser la razón de que un gobierno que está terminando firme este acuerdo cuatro meses antes de concluir su mandato? Una de las razones es que esté absolutamente seguro de que va a continuar. La otra razón podría ser que esté muy interesado en que este convenio se realice a pesar de que puede haber un cambio. Si éste es un proyecto que debe comenzar en el año 2014, el más elemental sentido común aconseja, en vez de firmarlo en julio o agosto, hacerlo en febrero. Es un convenio para veinte años de 50 mil millones de dólares.

—¿Se extiende hasta 2034?

—Claro. Esto no es algo de necesidad y urgencia como podría ser el hecho de que el volcán Puyehue rompiera el muelle de Villa La Angostura y fuera necesario repararlo sí o sí. Con esa urgencia, usted hace una licitación directa y si hay algún sobrecosto no importa porque lo más importante es reparar el muelle. Algo imprevisible. En cambio, algo previsto que comenzará en el año 2014 y usted, gobernante, se va en diciembre, ¿cuál es la razón para firmar ese contrato ahora y no en febrero o marzo del año próximo? Me parece que esto debe poner en guardia a toda la oposición, a la Auditoría General de la Nación, y por esto los ex

secretarios hemos formulado esta advertencia. Fíjese que la Argentina está importando gas de Bolivia, 27 millones de metros cúbicos (todavía no hemos llegado al máximo previsto desde allí), 10 millones de metros cúbicos por día en Bahía Blanca desde los barcos y, hace apenas un mes, acaba de inaugurar en Escobar una planta que todavía no ha llegado al máximo de su capacidad de importación. Entonces, ¿cuál es la necesidad de hacer este contrato con Qatar por un larguísimo plazo y precio incierto, sin licitación?